

PRESENTACIÓN DE UNA PÁGINA DE M. LÉGAUT

por Fco. Javier Avilés Jiménez

« EMAÚS O LA NUEVA MIRADA »

Ahora que, en cierta medida y con una diversidad enorme de enfoques, el trabajo espiritual parece haber cobrado mayor audiencia en algunos sectores de nuestra sociedad, volvemos a leer una de las meditaciones de Marcel Légaut sobre los evangelios, concretamente la referida al pasaje de los discípulos de Emaús ⁽¹⁾. Precisamente una de las consecuencias de este auge de la espiritualidad es la proliferación de propuestas que, en línea con una insistencia de Légaut, ya no se confunden con la religión, sino que se quieren transversales, en un plano más antropológico que de adscripción confesional. También forma parte de este fenómeno, entre otras muchas variables que no es momento de abordar, la urgencia de lo metodológico: se piden formas, técnicas y modos; se ofrecen corrientes, estilos e itinerarios. Bien está. Sin embargo, hasta donde yo he llegado en mi lectura de Légaut, nuestro querido testigo del crecimiento humano, de la fe y la fidelidad, del discipulado de Jesús y del cristianismo con futuro, no ofrece método alguno, ni pautas concretas, salvo las que uno pueda ir encontrando en el ejercicio de contraste entre sus escritos y la propia búsqueda personal. Es sabido aquello de la subida al monte de san Juan de la Cruz, su famoso itinerario espiritual gráfico que, en llegando a la cima, sugería: “por aquí ya no hay camino”. Pues diríase que

(1) Lc 24: 13-35. Marcel LÉGAUT, *Meditación de un cristiano del siglo XX*, 1989, en traducción del añorado Paco Cuervo.

Légaut dice lo mismo, pero no solo en la etapa final del ascenso espiritual (que siempre lo será en humanidad) sino para todo el trayecto, tal vez más en conformidad con el verso machadiano, caminante no hay camino, se hace camino al andar, que lejos de una mera máxima para enmarcar, es una profunda intuición del meollo mismo de todas las técnicas y metodologías cuando se trata de lo esencial y, como dijera Légaut, lo esencial no se enseña. Pues de caminos, búsquedas y encuentros, experiencias que solo pueden compartirse y no aplicarse como una técnica preestablecida va la meditación sobre Emaús.

A pesar de todo lo dicho y como no podía ser de otra manera, porque si lo esencial no se enseña, tampoco se improvisa, no carece Légaut de su propia artesanía espiritual. Pero no la convierte en un prontuario, ni en una disciplina sistemática; aparte de lo que sabemos por su biografía, latente en sus escritos y comunicada por los que le conocieron, hay que entre leerla por debajo de sus reflexiones más amplias u otras más específicas: la vocación, la vida conyugal, la Iglesia... Cuando él habla de llegar a ser nosotros mismos o del futuro del cristianismo, emerge, a través del avance de su reflexión, una laboriosa escucha de la propia interioridad y la relectura de su biografía, una determinación de su opción vital y la imprescindible concentración de sus capacidades receptoras. Pero, tal vez sea en estas meditaciones sobre pasajes determinados de los evangelios, donde mejor pueden apreciarse las entretelas de esta práctica de intelección, ensimismamiento y, también, relación con lo que está más allá de uno y más acá (en la cocina de su casa en Les Granges) de las ideas y las palabras. Y solo cuando este proceso, nunca impartido ni prescrito, se hace comunicable y atestiguado, se convierte en expresión, primero oral con los amigos en búsqueda y, después, por escrito, se cierra el ciclo para poder ampliarlo toda la vida en una progresiva expansión de la que forman parte estas palabras que ahora escribo yo.

Légaut lee los evangelios en un diálogo de ida y vuelta entre la experiencia de Jesús que ellos cuentan y su propia vida entendida (comprendida y reelegida) siempre en relación con la del maestro de Nazaret, pero inexcusablemente abierta y lanzada hacia sus intransferibles exigencias que son ya las de su tiempo y su persona. Una lectura que, lejos de ser un mero eco sentimental o una seca exégesis tecnicista, supone un proceso en el que se equilibran sucesivas aproximaciones al texto evangélico:

He aquí, pues, una forma de leer el Evangelio que aporta una luz completamente distinta a la luz moralizadora de la que he hablado al principio (primer nivel) y a la luz exegética e histórica de la que hemos hablado a continuación (segundo nivel); luz que va más allá también de nuestra pequeña experiencia personal de vida de fidelidad y de vocación (tercer nivel). Esta cuarta forma de lectura saca partido, quizá, de las anteriores, pero confiere, sobre todo, un vigor muy personal a la realidad singular que cada uno tiene que vivir para ser fiel. Esto le corresponde a cada uno comprenderlo. ⁽²⁾

Pues una lectura de ese tipo es la que Marcel Légaut lleva a cabo con el texto de Lucas 24. Más aún, la narración de la conversación de los discípulos que caminan hacia Emaús pone de manifiesto que la misma fe cristiana es un ejercicio de lectura de la propia vida, en la que el recuerdo de la experiencia de Jesús se convierte en clave de interpretación (en un sentido más de provocación y contraste que de mera aplicación formal) y, al mismo tiempo, espacio de reencuentro con él. Los caminantes están llevando a cabo un ejercicio de eso que antes se llamaba “dirección espiritual” y que hoy sabemos no puede ser unidireccional sino recíproca, más acompañamiento que dirección. Pero, en cualquier caso, mutuamente abren sus corazones unidos por experiencias compartidas y la comunicación de lo que les pesa hasta la congoja, acrecentada por el choque de sus expectativas con la realidad reciente de la cruz, se convierte en un momento de claridad y cons-

⁽²⁾ «Sobre cómo leer los evangelios,» *CdeDiáspora* 12, AML, 2001, p. 15.

ciencia que les permite esa comprensión más profunda de lo vivido con Jesús, de cuanto él les había dicho y del sentido de todo lo ocurrido. Y de paso, también una decisiva toma de conciencia de sus propios destinos, del momento en que se encuentran y las posibilidades de encaminarse, con libertad, hacia su más plena confirmación. En la sinceridad sin excusas ni espejismos de autojustificación, que es desnudez y, por ello, fragilidad y pureza, el recuerdo de Jesús hace palpable lo que él fue, que es lo mismo por lo que ahora lo sienten allí, junto a ellos, con el mismo realismo con el que están sopesando quienes son y qué es lo que han vivido, así como lo que merecería la pena que acometieran a partir de ahí.

Recordar en la lengua de Jorge Manrique es despertar lo que está dormido. El diálogo intenso por lo que se llevan entre manos y lo que se juegan si lo dejan madurar, saca del sueño las verdaderas vivencias que habían experimentado con Jesús y el efecto comprometedor para sus respectivas historias de crecimiento y cumplimiento de su humanidad. Y, a la par, invoca la presencia de quien vive ya para siempre en sus identidades aliadas con su propuesta de sinceridad para con uno mismo (que es la única manera de ser “*Honest to God*” tal y como dijo Robinson).

Y la fracción del pan, origen y sentido de la acción ritual de la cena del Señor, es la materialización nunca ajena para una fe que habla de encarnación, no solo física por el pan que se parte y se come, sino por el carácter de actualización en el tiempo y el espacio que el rito y sus gestos facilitan. La presencia de Jesús en dicho gesto es la misma que la experimentada en el mutuo discernimiento de lo que hablábamos por el camino. Presencia en el decirse unos a otros y a sí mismo lo que vamos siendo. No es de extrañar, que el colofón de esta meditación de Emaús, sea una reflexión a pecho abierto sobre la situación del cristianismo y de las iglesias, necesitadas no de otra reforma, sino de una verdadera mutación en consonan-

cia con una fe que, más que doctrina y ritos, es ejercitación de este diálogo entre buscadores y con el que lo fue por excelencia, Jesús de Nazaret, vivo ya para siempre en quienes como él siguen discerniendo sus propias vidas como la única ocasión que tenemos para ser quienes somos, estar donde estamos, hacernos con lo que hacemos.

¿Quién no ha tenido la experiencia de una conversación con un compañero de camino, en la que, por la afinidad de los objetivos y el milagro de generosidad y confianza de la apertura del corazón al otro, se ha experimentado intensamente el instante compartido, el pasado redescubierto y el porvenir como elección? Para comprender el poder evocador e invocador de la palabra compartida, tan rica y sugerente que se convierte en algo que, como el pan, se puede digerir y convertir en vida, podría venir bien recordar aquella propuesta curativa, la logoterapia de Víctor Frankl. Creo que también podría ser provechoso acompañar esta lectura escogida de otros textos en los que Légaut incidió en los varios aspectos que se anudan en torno al camino, la conversación, la fracción del pan y la Iglesia que la rememora.

